Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

4 **PRIMERA PARTE**

Los libros sobre el peronismo



Suplemento especial de
Página/12

Quiero establecer otras características de Milcíades como escritor político. La distancia entre sus textos –que son fuertemente críticos con el peronismo– y el gorilaje (después voy a fundamentar el uso de esta palabra que irrita a algunos) que creció a la sombra del triunfo alfonsinista de 1983 y que se encarnó, en el mejor de los casos, en Juan José Sebreli (si éste fue "el mejor de los casos", imaginen los otros), quien publica con urgencia, para salir antes de las elecciones de octubre, su texto sobre los "deseos imaginarios" del peronismo, que formó parte de la campaña electoral del alfonsinismo tanto como *La república perdida*, de Miguel Pérez con guión de Luis Grégorich, o el film de Héctor Olivera *No habrá más pena ni olvido*, basado en la excepcional novela de Osvaldo Soriano (el film de Olivera era bueno), es decisiva. Milcíades analiza con rigor. Usa una metodología. Se maneja entre su formación trotskista y sus sólidos conocimientos del clasismo marxista. De aquí que lo elijamos. Está a una distancia gigantesca de los livianos textos de tantos periodistas que salieron a marcar antinomias irreductibles o a expresar sin más el rancio gorilismo de los sectores tradicionales del país. Félix Luna tiene derecho a deteriorar el que pudo haber sido un buen libro –excelentemente documentado– sobre la época del primer peronismo con sus opiniones de afiliado radical. Es un historiador. Ha escrito, además, *El '45, un año decisivo*, libro que, al ser publicado en los setenta, moderó las rabietas de comité que erosionan *Perón y su tiempo*. *El '45*, en contrario, es una herramienta indispensable para la intelección de ese "año decisivo". A ver si nos entendemos: el que quiera ser antiperonista, que lo sea. Digo, desde ya, que no es una actitud aconsejable a la hora de estudiar tan compleja y dilatada historia política, que es la de la Argentina de los últimos sesenta años. (*Nota*: En la que también se agitaron otros actores, nacionales y extranjeros. El genocidio de 1976-1983 no es protagonizado por el peronismo, sino por sus enemigos más tradicionales: la oligarquía agroexportadora y el establishment financiero, a los que el peronismo se aliará en la década del 90. Y el alfonsinismo de la primera etapa de la democracia abre ese espacio en tanto propio. Sin embargo, el peronismo está presente, como protagonista también, en esas dos etapas, que veremos.) Lo de Sebreli se conoce y, si bien supera a los aventureros del periodismo "ensayístico", nadie toma ya en serio sus arrebatos bravucones. Se ha dicho, y bien, que sus libros o sus declaraciones altisonantes sirven más para pelear que para pensar. Además, sus opciones políticas son, si no desconcertantes, a menudo risibles, aunque nunca llegan a indignar, para desgracia suya, que lo preferiría. El periodismo "ensayístico" puede alcanzar –cuando se acota a la sumatoria de fuentes, a la investigación: algo que los periodistas argentinos cada vez hacen mejor; con frecuencia mejor que los historiadores– alturas apreciables como Marcelo Larraquy en su *López Rega*, que, en su momento, habremos de utilizar. Tomaré, brevemente, como ejemplo del gorilismo pavo los dos tomos que Hugo Gambini, periodista de larga trayectoria, tan larga que hasta formó parte de la *Polémica en el bar* de Sofovich durante el menemismo, escribió sobre el peronismo, editados por una editorial que se inclina más bien por esos libros que lo mejor que pueden decir del peronismo es que ha sido una anomalía excrecente en la traslúcida historia de nuestro contitucionalismo liberal. Es como *La Nación* con el gobierno de Kirchner: todo malo, nada bueno. De algún modo, una patología. El libro de Gambini no es malo. Sencillamente no sirve. El hombre fue director de la Agencia de Noticias Télam durante Alfonsín. Que ésa fue época de gorilas, nadie osará dudarlo. La academia era de *El Club Socialista*. (¿Qué tenía de *socialista* el Club Socialista?) La ideología residía en el "Discurso de Parque Norte", que escribieron Juan Carlos Portantiero, Pablo Giussani y Juan Carlos Torre: un manifiesto democrático que hoy –a casi veinticinco años– resulta tristemente patético. Las radios y los programas de tele fueron entregados a gente del Partido. Todos habían olvidado la palabra "peronismo". Sin más, decían "fascismo". Cierta vez fui a un programa de Enrique Vázquez. Como tengo cierta facilidad de palabra y suelo pensar dos o tres ideas con algún rigor, Vázquez me dijo: "Vos no parecés peronista". Yo era peronista en esa etapa. Igual que en los setenta. Estaba en la Renovación Peronista. Queríamos "renovar" al peronismo para llevarlo al encuentro con la "democracia". Era un modo de "acompañar críticamente", es decir, del mismo lado, del de la democracia, al radicalismo, para obliterar cualquier posibilidad de golpe militar, algo que, en esa época, no dejaba de mencionarse todos los malditos días. Ahora bien, la Renovación Peronista la formaban Carlos Grosso, el llamado "chupete" Manzano (que se "chupeteó" todo en los noventa), Carlos Menem y Antonio Cafiero. Renuncié al peronismo (ojo, eh: al peronismo, no sólo al Partido) al año siguiente. Me fui. Escribí –en *Humor*, en mi recordable columna de esos años– un texto que fue muy leído: *La creación de lo posible*. Era una despedida. (*Nota*: Un fragmento importante del texto decía: "Lo reconozco: soy un intelectual. Lo reconozco hoy –creo– porque dejé de ser otras cosas. Un 'infiltrado', por ejemplo. Dejé de serlo desde la realización del *Congreso de la Unidad Justicialista* en Santa Rosa de La Pampa. Porque, aunque sea excesivo, tengo que decirlo una vez más: ni yo, ni ninguno de los que sienten y piensan al peronismo como yo, tenemos nada que ver con esas personas. Pueden seguir sin nosotros. Por otra parte, jamás han hecho otra cosa. ¿Somos nosotros entonces los que nos alejamos del peronismo? ¿O es acaso el peronismo el que, desde hace ya muchos años, ante nuestra impotencia y nuestra desesperanza, se aleja de nosotros? Hoy, el *Sistema de certezas* que significó para nosotros el peronismo está quebrado. Eramos la mayoría, ya no lo somos. Un líder de relevancia mundial, un hombre amado por los humildes, un mago de la política, estaba al frente del movimiento. Ya no lo está: ha muerto. Pertenecíamos al Tercer Mundo, nuestra meta era la unidad latinoamericana, hasta la ecología nos interesaba. Eramos el cambio, la revolución. Teníamos un discurso sobre el Estado, otro sobre la dependencia, la cuestión nacional y la cuestión social. Teníamos claros referentes internacionales: la China de Mao, Vietnam, incluso De Gaulle. Teníamos a Evita, a quien todavía tenemos pero cada vez más en el modo de la lejanía, porque, como los elegidos de los dioses, murió muy joven y demasiado pura. La quiebra de este sistema de certezas desalienta a los militantes peronistas. No podría ser de otro modo: es casi imposible sostener una militancia sin certezas. Pero guste o no, habrá que aprender a vivir así; somos militantes de la incertidumbre, de la duda, del tránsito. Porque ni siquiera sabemos si lo que está en juego, aquello que estamos abandonando, es el Orden del Justicialismo decadente y reaccionario o nuestra identidad como peronistas", JPF, *La creación de lo posible*, Legasa, Buenos Aires, 1986, pp. 260/261. Nos reuníamos casi diariamente algunos que pensábamos lo mismo. Los que ahora recuerdo son: Nicolás Casullo, Horacio González, Alvaro Abós –que habría de publicar durante esos días un texto bello e inteligente: *Adiós*–, Elvio Vitale, Mempo Giardinelli, Carlos Trillo, Jorge Luis Bernetti, Alcira Argumedo. Emitimos un documento, renunciando. Da bronca –una bronca que uno sabe moderar porque sabe que el *objeto* que la provoca vale poco– que libros como el de Gambini traten con tanta ligereza un proceso de tal complejidad. *El peronismo es más que Perón*. Es más que la historieta negra de los antiperonistas obstinados. Es más que la pasión acrítica de tantos peronistas también obstinados. Asombra que aún hoy algunos alumnos –con cara de políticos extraviados en las malas artes, en las trenzas oscuras de la realpolitik–, a la salida de alguna de mis clases, me digan: "Qué gorila se me ha puesto, profesor". Uno admite que la verdad es plural, es múltiple, es una miríada de sucesos que colisionan una y otra vez, por decirlo con Nietzsche y con Foucault, lo que no admite es la mediocridad, el juicio rencoroso, el odio de clase, la obsesión turbia, ese muro de acero que algunos levantan en su conciencia y al que nada nuevo puede entrar. Una *duda*, una sola duda los aniquilaría. De acuerdo, que sigan felices. Pero que no pretendan entender la complejidad infinita, la vastedad inapresable de lo real. De ahí en más busqué una independencia que –por fortuna– pude mantener. Pero quiero dejar algo muy claro: no me hice ni jamás me haría antiperonista. De aquí que para los campeones de los claros y los oscuros sea siempre una cosa o la otra. No importa.

Sigo con Gambini. La contratapa del libro es deleitable. Figuran las laudatorias críticas de los diarios. El cronista de *La Nación* dice: "*Historia del peronismo* reconstruye en su tomo inicial una época que merecía ser reflejada, como ocurre en este libro, con imparcialidad y altura. Para ilustración de quienes no la vivieron. O, más exactamente, no la padecieron". (¡Qué imparcialidad! ¡Qué altura!). El de *El Cronista* habla del ahogo que producía a quienes vivieron esos años el estar "sumergidos en un régimen en el que se apelaba de continuo a la grandeza nacional y a la felicidad de todos los argentinos, pero en un contexto viciado por la delación, la idolatría y el pensamiento único". Y el de *La Prensa* (¿qué podía esperarse de él?): "Describe con exactitud el costado más oscuro del primer gobierno de Juan Perón (1946-1952). La persecución, cárcel, tortura y exilio de sus oponentes políticos y gremiales, la suspensión de la libertad de expresión. La cesantía de profesores universitarios y el apaleamiento de estudiantes. Su segundo mérito es el de poner en evidencia la naturaleza militarista de aquel régimen". El libro de Gambini expresa otra modalidad que la de sus laudatorios críticos. Los textos de *La Nación* y *La Prensa* pertenecen a algo que se ha llamado recientemente *Gorila 55*. En efecto, está el Gorila 55 y hay otro: el Gorila 84. Es el gorila radical, o, más precisamente, el gorila alfonsinista. Algo que desmerece al propio Alfonsín, que nunca fue un político fervoroso en su antiperonismo. Tal vez por ser un político. Tal vez eso haya posibilitado que –en sus hazañas posteriores a sus méritos de los dos primeros años de gestión– haya protagonizado el turbio *Pacto de Olivos* con Menem, *la mancha venenosa.* Pero el Gorila 84 anda por todas partes. El gorilismo ha renacido en tiempos de Kirchner. Hay, incluso, un nuevo odio que había decrecido en épocas anteriores. Se odia el "setentismo" de Kirchner. Su política de derechos humanos. Aquí está lleno de socialistas o de trotskistas o de socialistas o de ex alfonsinistas que se desgarran las vestiduras por los treinta mil desaparecidos pero *odian a la generación del setenta*. Este país se empeña en ser difícil. Si tanto odian a la generación del setenta, acaso no debieran sufrir tanto por los desaparecidos. De acuerdo, son ustedes buenas personas, son humanitarios y están contra el horroroso terrorismo de Estado. Pero, ¡qué equivocada estaba esa generación! Y no se engañen, eh. Fueron ellos los masacrados. Los pibes de la Juventud Peronista. Los del Nacional Buenos Aires. Los que trabajaban en las villas. Los que alfabetizaban. Y si no, vayan al Parque de la Memoria. Miren los

nombres uno por uno. Miren las edades. Producen escalofríos: dieciséis, veintidós, veinticinco, diecinueve, catorce. Pero, ¡tan equivocados! Y sobre todo: tan ingenuos. Tan víctimas del "malentendido".

EL MALENTENDIDO

El que hizo célebre esa expresión (*malentendido*) fue el columnista de Alfonsín, Pablo Giussani. El "malentendido". Era muy simple y, creo, algo cruel; si no burlona, animada por el desdén: los jóvenes de los setenta (¡tan virginales e inocentes como los jóvenes obreros del '45, los migrantes!) se habían confundido con Perón. En gran medida no habían escuchado la vieja sabiduría gorila de sus padres. Ese coronel de socialista no tiene nada. Ese coronel es un fascista. Ustedes no entienden. Por el contrario, mal-entienden. Creen entender que el jefe que han elegido (por seguir un viejo error de la clase obrera argentina que se arrastra ya penosamente desde 1945, si no antes) es un revolucionario. Y no. Nosotros, que tenemos experiencia, lo sabemos. Nosotros, que somos verdaderos marxistas, lo sabemos todavía mejor. Los jóvenes, en suma, desoían los consejos de sus padres y los de los teóricos de la revista *Contorno.* O de otros teóricos clasistas que la tenían clara por conocer la ciencia de la revolución. Importa marcar lo siguiente: observemos que el malentendido en un aggiornamento de la teoría de la manipulación del '45. Así como los migrantes (por inexperiencia) habían seguido la demagogia de Perón en lugar de elegir conducciones clasistas, los jóvenes de los '70 elegían a Perón también por inexperiencia, por "no conocerlo", por no haber vivido bajo su gobierno, o por no haber leído a los grandes teóricos del marxismo. Así, tan ingenuos, tan virginales como los jóvenes migrantes (aunque no cabecitas negras, sino militantes de clase media, chicos del secundario o estudiantes de las universidades) creían (*malentendían*) que Perón era un líder revolucionario cuando era un reaccionario, un fascista, o, en el mejor de los casos, un líder burgués. No vamos a entrar ahora en la complejidad de esta cuestión. Pero –algo provocativamente– digamos: la izquierda peronista se puso la máscara peronista. Perón se puso la máscara socialista. Así, mintiéndose, se entendieron. Luego, llegó el momento de sacarse esas máscaras. Y el rostro que apareció fue el de la Muerte.

En cambio, ustedes, los maduros, los adultos, ustedes sí que entendieron bien. Por eso resulta inaceptable que gente como "esa", ¡que tan mal entendió la historia!, esté ahora gobernando el país. ¡Todos Montoneros, además! Mienten y saben que mienten. Este no es un gobierno de montoneros, aunque algunos que ahí estuvieron estén ahora aquí. Este gobierno –que durante estos días se ha ido– tuvo muchos defectos y muchos aciertos. Pero lo que les irrita no es que sea un "Gobierno Montonero", sino que les meta en cana a militares asesinos, a curas torturadores, que León Ferrari se ría de Bergoglio y de la gorila '84, Carrió. Con todo, durante estos días asume Cristina F, y por ahí les arruina la fiesta: termina con el peronismo y empieza algo nuevo. ¿A quién van a odiar?

¿Todo esto para qué? Para decir que no hay que tomar en serio a tanto pavo que anda por ahí metiendo ruido. Aquí, en este ensayo, nos vamos a ocupar de lo que del peronismo dijo Milcíades Peña. Porque ese tipo sabía pensar y porque lo que le reprochó a Perón no fue que agredió a las instituciones de la República, al estilo de vida argentino, a la prensa libre y al campo que es la natural fuente de riquezas de este país. Le reprochó que no les dio armas a los obreros en el '55. Que él y otros las fueron a buscar a los sindicatos (¡para defenderlo a Perón, él, Milcíades, que tanto y tan duramente lo había criticado!) y no las consiguieron. Porque si Milcíades fue a pedir armas en el '55 fue porque no ignoraba que, si Perón caía, no venían los "libertadores", los "republicanos", los "democráticos", sino lo que vino: los que persiguieron a los obreros, los que hambrearon a los pobres, los que fusilaron a Valle, los que escamotearon el cadáver de Evita (¿por qué le temían tanto?), los que inauguraron las matanzas clandestinas, la poética oscura de las zanjas, ahí, en José León Suárez, veintiocho cadáveres, los que prohibieron al peronismo, los "democráticos" que hasta prohibieron pronunciar el nombre de Perón, el de Evita, los que sellaron nuestra entrada al Fondo Monetario Internacional, la vieja oligarquía de la mano de la Iglesia y de la clase media ilustrada, de los intelectuales de izquierda que se juntaron con los vivaban "¡Cristo Vence!" y no fueron por los barrios, por las calles de tierra, no indagaron en el alma de los pobres y no supieron que para ellos ése fue un día de miedo y de dolor, una derrota. Tampoco para Milcíades ése fue un día de júbilo. Y eso que ni una le perdonó a Perón. Pero el día de la batalla –cuando la Marina masacradora del 16 de junio, cuando los nacionalistas católicos como Lonardi (que fue, de todos modos, el único honesto), cuando los Comandos Civiles de los niños bien, herederos de la Liga Patriótica– salieron a la calle a descabezar al régimen, Milcíades se puso del lado de ese Perón al que tanta bronca le tuvo, al que tanto criticó, cuestionó, al que tantas agachadas le echó en cara, porque sabía que lo otro era peor, y porque era un hombre de la izquierda revolucionaria, un teórico que sabía, como siempre hay que saber, dónde están los que más daño le van a hacer al pueblo, y ponerse enfrente.

EL NUEVO SUJETO POLÍTICO: "ALPARGATAS SÍ, LIBROS NO"

Peña insiste en aclarar su interpretación del *bonapartismo*. Se sabe: este concepto lo utiliza Marx en su texto *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Básicamente expresa el comportamiento de la pequeña burguesía francesa en los laberintos del *Coup d'Etat* por el que el descendiente del verdadero, del gran Bonaparte, del opulento emperador que se coronó a sí mismo y llevó bélicamente por medio mundo los principios de la Revolución Francesa hasta hundirse, como Hitler, en las redes del Gene-

R3P

ral Invierno, gran aliado de los rusos, se adueñó del poder en la París de 1851. Aclaremos que Bonaparte –pese a sufrir la misma derrota que sufriría Hitler en el invierno ruso– no era Hitler. En medio de su megalomanía, de su expansionismo rayano en el delirio, expresaba el avance de la burguesía capitalista. Bastó su derrota para que regresara lo peor, lo más rancio de la monarquía, la Santa Alianza, de la mano sagaz de Metternich. No es ésa, con todo, nuestra historia. ¿Qué uso, aquí estábamos, le da Peña al concepto de *bonapartismo* y por qué lo aplica al proyecto peronista? Afirma que el régimen surgido del golpe de junio del '43 era *bonapartista* "porque no representaba a ninguna clase, grupo de clase o imperialismo, pero extraía su fuerza de los conflictos de las diversas clases e imperialismos" (*Ibid.*, p. 68). La cuestión es así: la candidatura de Patrón Costas se elige en la Cámara de Comercio Argentino-Británica. La vieja oligarquía, por medio del fraude, se preparaba otra vez para gobernar. Nadie podría frenarla. La burguesía industrial era muy débil. El proletariado era muy joven y no tenía organización. Los militares deciden intervenir y *cubren el papel histórico que debió desempeñar la burguesía*. Nadie, sin embargo, ve con claridad el cuadro de situación. Los militares del GOU no son obreristas. *Celebran el aniversario del golpe uriburista del 6 de septiembre.* Sueñan con los Altos Hornos, con la siderurgia. Los comunistas son aliadófilos. La oligarquía es aliadófila. Los estudiantes son aliadófilos y sólo ven a una pandilla de nazis en el nuevo gobierno. *No podían ver otra cosa*. ¿Qué estudiantado era ése? Era el estudiantado de los patrones, que estudiaban para ser los abogados, los arquitectos, los ingenieros de los patrones. Los obreros no entraban a la Universidad, que se manejaba con los valores de *libertad* y *democracia* que los aliados defendían en Europa. Atención ahora: siempre, de un modo agobiante, irrecuperable ya, se ha señalado el carácter barbárico del peronismo porque los tempranos obreros que adhirieron a su causa lanzaron la consigna *Alpargatas sí, libros no*. El clasismo, el culturanismo de élite de nuestra oligarquía y de nuestras clases medias (que se mueren por el *ascenso social*, es decir, por ser oligarcas) ve en esa consigna un desdén por la cultura. Oigan, un obrero no entraba en la Universidad. En la Universidad están los libros. Los libros, por consiguiente, no eran para los obreros. Eran para los estudiantes, para los hijos de las clases acomodadas. Los libros los agredían. Los libros eran, para ellos, un lujo de clase, un lujo inalcanzable. Los negaron. Los negaron porque ellos, los libros, los negaban a ellos, porque estaban en manos de los estudiantes que vivando a la democracia y a la libertad y a los aliados los despreciaban como a negros incultos. Entonces dijeron: *libros no*. Por otra parte, ¿qué factor de *identificación* tenía el pobre migrante que acababa de llegar del campo, el cabecita que sólo recibía el desdén de los cultos? Lo suyo era la *alpargata*. Entonces dijeron: *alpargatas sí*. La consigna, en suma, decía: *nosotros sí, ustedes no*. O más exactamente: *Nosotros, los que usamos alpargatas, sí; ustedes, los que leen libros, no*. Quedó entonces eso que quedó: *alpargatas sí, libros no*. Era un enfrentamiento de clase y hasta de color de piel. Para colmo, para mayor irritación de los estudiantes (que, en esto, tenían razón), los torpes, filonazis militares del GOU, llenan las Universidades de profesores católicos, de ultramontanos, cultores trasnochados de esencias y de categorías aristotélico-tomistas. *Todo mal.* Nadie *veía* al sujeto que habría de protagonizar la *nueva historia*. "En septiembre de 1943 (escribe Peña), el Partido Comunista, que controlaba al gremio de la carne, cortó sus últimas amarras con la clase obrera, entregando al gobierno una gran huelga de los frigoríficos para no perturbar a las empresas anglo-americanas, aliadas de la URSS" (*Ibid.*, p. 70). Insiste Peña en la inocencia, en la condición virginal de los migrantes. Cae aquí en un lugar común de los análisis del período: a los migrantes, a los obreros nuevos, se los pinta tan inocentes que ciertas veces parecen abiertamente idiotas. La finalidad es demostrar que Perón se aprovechó de ellos. ¿Por qué no se aprovecharon los dirigentes comunistas? ¿Por qué no vieron Codovilla, Rodolfo Ghioldi, Américo Ghioldi o José Peter que ahí estaba la materia prima de la revolución socialista? No se lo pregunta Peña, aunque señala las falencias de aquéllos. Se obstina, sin embargo, es afirmar que "Perón hizo abortar". Oigamos bien: *hizo abortar*. "Canalizando por vía estatal las demandas obreras, *el ascenso combativo del proletariado argentino*, que se hubiera producido *probablemente* al término de la guerra. Porque es *evidente* que si Perón no hubiera concedido mejoras, el proletariado hubiera luchado por conseguirlas (...). El bonapartismo del gobierno militar preservó, pues, al orden burgués, alejando a la clase obrera de la lucha autónoma, privándola de conciencia de clase, sumergiéndola en la ideología del acatamiento a la propiedad privada capitalista" (*Ibid.*, p. 71. Cursivas nuestras). Años más tarde, el ERP acusará a Cámpora (¡a Cámpora!) de entregar a la clase obrera a la patronal y al imperialismo e impedir su lucha por el poder. El texto es de mayo de 1973 y es (en lo que aquí atañe) el siguiente: "Si Ud. Presidente Cámpora quiere verdaderamente la liberación debería sumarse valientemente a la lucha popular: en el terreno militar armar el brazo del pueblo, favorecer el desarrollo del ejército popular revolucionario que está naciendo a partir de la guerrilla y alejarse de los López Aufranc, los Carcagno y Cía., que lo están rodeando para utilizarlo contra el pueblo; en el terreno sindical debe enfrentar a los burócratas traidores que tiene a su lado y favorecer decididamente el desarrollo de la nueva dirección sindical clasista y combativa que surgió en estos años de heroica lucha antipatronal y antidictatorial, enfrentada a la burocracia cegetista; en el terreno económico realizar la reforma agraria, expropiar a la oligarquía terrateniente y poner las estancias en manos del Estado y de los trabajadores agrarios; expropiar para el Estado toda gran industria, tanto la de capital norteamericano como europeo y también el gran capital argentino, colocando las empresas bajo administración obrero-estatal, estatizar todos los bancos de capital privado, tanto los de capital imperialista como de la gran burguesía argentina" (*Por qué el Ejército Revolucionario del Pueblo no dejará de combatir*). Esto era un delirio en 1973. Cuando Perón regresa lo hace dentro de un encuadre que la militancia de izquierda se empeña en negar: regresa condicionado. La condición es *ordenar* el país. Lo que significaba terminar con la guerrilla. (Que nadie se preocupe: veremos con tanta exhaustividad esta etapa –1973-1976– que nada quedará en eso que solía llamarse "el tintero".) En el '45 la clase obrera sólo podía organizarse creando sus propios líderes revolucionarios o remitiéndose a los de los partidos que la representaban, sobre todo el comunista. La creación de líderes revolucionarios habría sido demasiado lenta y la burguesía habría derrocado a Perón y contraatacado triunfalmente. No lo hizo porque los obreros respaldaron a Perón, que fue el único que supo verlos como lo que eran: *el nuevo sujeto político*. En cuanto a los líderes del Partido Comunista, dependían todos de la Unión Soviética, de Josef Stalin, a quien poco le habría interesado una revolución en el Cono Sur que perjudicara a su aliado norteamericano. Es hablar en el aire. Es diseñar lo imposible. No es ni siquiera "seamos realistas, pidamos lo imposible". Los migrantes habrían escuchado con una mezcla de asombro e incredulidad la poética consigna de los jóvenes franceses de la burguesía estudiantil, protagonistas de una revolución en la que nadie murió. (*Nota:* Ver el cuento memorable del peruano Bryce Echenique, "*La más bella muerte del Mayo francés*". El fue su testigo porque, en medio del caos de los jóvenes iracundos y para escabullirse de tanto barullo, se metió en un cine a ver *Madigan*, formidable film policial dirigido por Don Siegel y protagonizado por Richard Widmark, quien muere de un modo inolvidable, a lo grande. Esa es, para Alberto Bryce Echenique (1939, Lima), la más bella muerte del Mayo francés. Ver: César Aira, *Diccionario de autores latinoamericanos*, Emecé-Ada Korn, Buenos Aires, 2001, p. 102.) La historia se desarrolla por medio de las materialidades con que cuenta. Importa también la constitución de las subjetividades. Los migrantes, los negros, los cabecitas, habían encontrado en Perón al único que sabía dirigirse a ellos. Al único que los escuchaba. Que nadie se pregunte si Perón era bueno o era malo, si era generoso o si manipulaba a los migrantes. Yo no dudaría de la generosidad pasional de Evita, pero ella no era una estratega. Todo lo abordaba pasionalmente. Perón no. Había escrito un libro de estrategia y táctica militares. Se dijo: lo nuevo aquí, la palanca con que moveré el mundo, son estos obreros con nula o escasa experiencia sindical. Eso se llama *construcción de poder*. En una coyuntura histórica en que el único que no está devorado por el "aliadofismo" echa una mirada al país, una mirada virgen, sin anteojeras, una mirada que busca al sujeto con el que se pueda hacer avanzar la historia, gana. Ganó Perón. Y no es tan cierto que le hizo un favor a la burguesía, a las clases dominantes. Al contrario, las llenó de odio. ¿O por qué el imperialismo agredió tanto a Perón? Ya habían ganado la guerra. ¿En qué podían perjudicarlos las veleidades "fascistas" de Perón? ¿No veían en cambio que ese "fascista" les estaba haciendo, en la Argentina, el más grande de los favores, el que no les hacían las clases dominantes ni los buenos comunistas aliadófilos? ¿Por qué no vio el Departamento de Estado que Perón era el único que podía frenar una revolución obrera en la Argentina? Porque tal cosa era un dislate. Perón, en cambio, se proponía desarrollar algo, que si bien no era una revolución comunista, era altamente irritativo para los intereses norteamericanos: les estaba dando poder a esos malditos negros que habían colmado Buenos Aires. Peña lo confiesa: "En 1945 (escribe) llegó a su más alto grado la campaña que desde tiempo atrás llevaban contra el gobierno militar, y contra Perón en particular, la burguesía argentina toda, vastos sectores de la clase media y Estados Unidos (...). La prensa norteamericana rebosaba amenazas contra la Argentina y la gran prensa argentina las reproducía con satisfacción. La burguesía en pleno se sumaba a los Estados Unidos, *horrorizada por el obrerismo de Perón*. La oposición antiperonista más enérgica procedía de la burguesía industrial, y ello por razones fundamentales. La industria era el sector que más intensamente necesitaba el capital norteamericano. (...) Y *sentía verdadero terror ante la organización de las masas obreras, aunque fueran dirigidas desde la Casa de Gobierno*" (*Ibid.*, p. 75. Cursivas nuestras).

La industria que el peronismo habrá de desarrollar –por medio de su sagaz ministro de Economía, Miguel Miranda– habrá de ser la *industria liviana*. Esta habrá de adherir al proyecto peronista. Luego, durante mucho tiempo, se le reprochará a este primer peronismo no haber desarrollado la industria pesada. Pero el "coronel sindicalista" necesita nuclear y organizar a sus bases, a los jóvenes obreros. Necesitaba darles trabajo. La industria pesada no requiere mucha mano de obra. La liviana, sí. De modo que el desarrollo de ésta fue el instrumento político para dar inmediato trabajo a los migrantes. Y, con ello, cobertura política. Había que captar a ese contingente. No dejarlo a la deriva, "disponible". Los militares del GOU, los nacionalistas, los filonazis, habrían desarrollado la siderurgia. Pero habrían tenido algo inesperado: serios problemas obreros. No habrían podido darles trabajo a los migrantes. Habrían tenido que reprimirlos. Aquí habría surgido acaso esa "revolución" que –se dice– Perón controló. Vemos que de haber triunfado los filonazis, de haberse impuesto al obrerismo de Perón y crear altos hornos, siderurgia, acero, hoy viviríamos en una Argentina socialista. O, al menos, habría existido una experiencia revolucionaria, un asalto al poder o huelgas salvajes, incontrolables, en esa Argentina del '45. En fin, suena muy improbable este relato armado entre altos hornos y obreros sin trabajo y revolucionarios. Tan improbable que nunca fue. Por el contrario, Perón dio desarrollo a la dinámica industria liviana, creó miles y miles de puestos de trabajo y ahí estuvieron los migrantes, con sindicatos, abogados, delegados fabriles, aguinaldo, viviendas dignas y vacaciones pagas. Así, cualquiera se olvida de la revolución comunista.

PROXIMO DOMINGO

PRIMERA PARTE
La nación en armas